

AS

entorno cultural

Estas tierras han sido frontera y encrucijada, punto de encuentro entre diversos pueblos que a lo largo de la Historia han pasado por ella: cántabros, romanos, visigodos, árabes y cristianos. Los grandes imperios pasaron por aquí y necesitaron conquistarla para convertirla en bastión estratégico. Todos nos han dejado sus manifestaciones culturales como dólmenes, castros, monasterios, iglesias y castillos en los que plasmaron sus miedos, esperanzas y fundamentalmente sus creencias religiosas.

Son tierras límite entre una llanura cerealista y una montaña ganadera que se complementan lo que ha estimulado el mantenimiento secular de relaciones e intercambios entre ambos mundos.



1 HISTORIA



Castillo de Úrbel dominando la localidad.

1. LOS PRIMEROS PASOS

Una naturaleza tan privilegiada para la diversidad biológica como estamos viendo, ha sido a la vez hostil al asentamiento y al quehacer humano.

Las primeras referencias que tenemos sobre la presencia humana en estas tierras son unos cantos trabajados encontrados en las cuevas de Basconcillos y unas lascas recogidas en superficie de peña Ulaña que nos remontan al Paleolítico Medio. Tras el largo paréntesis de la última glaciación, a medida que mejora el clima, la ocupación humana vuelve a hacerse presente. Los pobladores traen consigo nuevos modos de vida propios del Neolítico, más que cazadores, comienzan a ser cuidadores de ganado, mientras cultivan pequeñas parcelas en un medio que, por la abundancia de agua, bosques y caza, les es propicio.

En esta época neolítica, la actividad humana se nos hace más evidente por las manifestaciones que la cultura dolménica nos ha dejado en una serie de enterramientos colectivos megalíticos, que vemos hoy, como los primeros monumentos arquitectónicos. Destacamos el conjunto que túmulos localizados en la parte más alta de la divisoria entre los valles de Humada y Rebolledo de la Torre. Restos de esta misma cultura se han encontrado en las Hormazas y en Fuencivil. Todo ello, dentro del mundo dolménico que se extiende por gran parte de las loras, y que en esta zona de la provincia de Burgos tiene uno de sus máximos exponentes de una cultura que abarca gran parte de la Europa Occidental.



Muralla transversal del castro de la Ulaña.

2. LOS CASTROS

Tras el Neolítico, nacen nuevas culturas asociadas a la aparición de los metales en el ámbito cultural humano. Con el dominio técnico sobre el cobre y el bronce nos llega una cultura menos conocida, posiblemente más pobre, que nos ha dejado pocas muestras materiales lo que quizá esté relacionado con una menor densidad de población.

Tendremos que esperar a épocas históricas, como la Edad del Hierro, para encontrarnos de nuevo con uno de los momentos más significativos e importantes de la presencia humana en Las Loras.



Denario de plata.

Peña
Castillo.



Hacia el comienzo del primer milenio a. C. sucesivas oleadas de pueblos procedentes de Europa central recorren la meseta en busca de tierras donde asentarse desplazando a la población preexistente. Durante el siglo V a. C., ante la inseguridad reinante por el movimiento de pueblos en busca de tierras donde asentarse, la población sitúa sus poblados en lugares inaccesibles, bien defendidos, en puntos estratégicos, dominando siempre los valles y controlando los pasos naturales. A este tipo de poblados se les conoce como castros. Éstos se distribuyen profusamente por las loras, siendo más frecuentes en las que se asoman a la llanura de la cuenca del Duero. El más emblemático, por las abundantes referencias históricas, es el castro de Amaya. El de la Peña Ulaña, por su parte, está en estos momentos en proceso de excavación y estudio pero, por sus dimensiones, es el mayor de España. Otros castros más pequeños, relacionados con los de mayores dimensiones antes mencionados, se reparten por doquier, posiblemente con la clara intención de controlar las accesos hacia el interior de la montaña. Comenzando por el este podemos citar; el Perul en Acedillo, Valdecastro en Icedo, San Miguel en Hormicedo, San Quirce en Congosto, el de Salazar de Amaya y el de monte Cilda, ya en la provincia de Palencia.



Mapa de situación de los pueblos prerromanos.

La influencia celtibérica de la meseta llega hasta estos poblados que ya conocen la técnica del trabajo del hierro, la cerámica a torno, las primeras monedas y los nuevos ritos funerarios de incineración. Estas tierras van a vivir uno de los momentos de mayor apogeo social, cultural y económico conocido pero que va a ser interrumpido por el expansionismo romano.

Sabemos, por las referencias de escritores antiguos, fundamentalmente romanos, que estas tierras se asignan a los cántabros por lo que esta sucesión de castros mencionados formarían la frontera sur de la Cantabria histórica, teniendo como vecinos a los turmódigos y vacceos asentados y dominando parte de la llanura del Duero.

Hacia finales del siglo I a. C., los romanos inician las guerras contra los cántabros con la clara intención de dominar a este pueblo, único en la península, que aún permanecía al margen de su poder. El propio emperador Augusto fija el campamento de la legión IV Macedónica en Herrera de Pisuerga, mientras él se establece en la cercana Segisama (Sasamón) para dirigir desde cerca el curso de la contienda. Terminadas las guerras, con el sometimiento de los cántabros, se produce la progresiva asimilación de la cultura romana y la incorporación de la escasa población que queda en las montañas a las formas sociales y económicas impuesta por los vencedores.



Vasija celtibérica.



Capitel donde se representa el duelo entre caballeros.



3. LA REPOBLACIÓN MEDIEVAL

Con la decadencia del mundo romano, estas tierras vuelven a resurgir y Amaya se convierte en la ciudad fuerte que tuvo que ser conquistada por el rey visigodo Leovigildo en el año 574, convirtiéndola en la capital de uno de los ocho condados en los que dividió su reino. La invasión musulmana de la Península, que tiene lugar en el año 711 d. de C., puso fin al reino visigodo y, tras la conquista de su capital (Toledo), Tarik persigue a los nobles visigodos que han buscado refugio en Amaya, conquistándola y destruyéndola.

Tras un largo paréntesis de abandono vuelve a estar poblada en los comienzos del avance cristiano hacia la meseta. La repuebla el conde D. Rodrigo, en el año 860, por orden de Ordoño I.

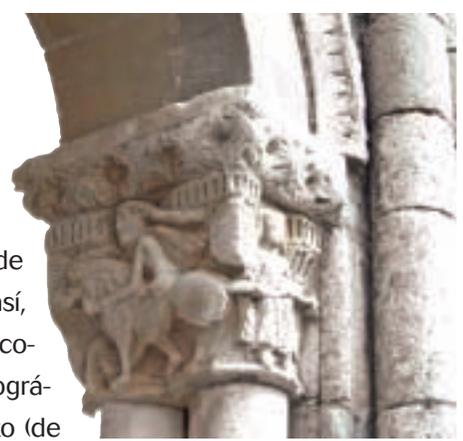
Posiblemente, al resguardo de unas de las principales plazas de la avanzadilla repobladora cristiana como fue Amaya, se debieron poblar los valles de Valdelucio, del Tozo y Humada. Se trata de una población diseminada en pequeños núcleos, distribuidos a modo de rosario siguiendo la línea del fondo de los valles, al resguardo de las inclemencias del tiempo, pegadas al terruño en torno a una iglesia, al pie de las tierras de cultivo, de los bosques y las praderas. A veces, estos territorios estaban defendidos por castillos como los de Amaya, Ordejón, Rebolledo o el de Úrbel, este último perteneciente al padre del Cid, Diego Laínez.

La población se asentó en el fondo de los valles.





Representación de la muerte del avaro.



Sansón luchando contra el león.

Estos primeros asentamientos, o reciben el nombre del santo más popular de aquel tiempo (San Martín, Villamartín) o bien de una característica ambiental, así, abundan los nombres de plantas: Rebolledo (de rebollo), Villaescobedo (de escobas), Icedo (de ilce, encina). También reciben el nombre por sus características geográficas: Solanas, Fuencaliente, Fuenteodra, Fuente Úrbel (en vasco río negro,) Congosto (de angosto), la Riba (de ribera), Coculina (cueva en la colina), Llanillo.

Según avanza la Edad Media, los núcleos de población prosperan y comienzan a construirse las primeras iglesias de estilo románico. Se trata de construcciones sencillas, de pequeñas dimensiones, como correspondía a una población siempre escasa y con una economía que difícilmente cubría las necesidades de la supervivencia.

Saliéndose de esta tendencia general, merece mención aparte Rebolledo de la Torre con su iglesia de San Julián y Santa Basilisa y fundamentalmente su pórtico románico, obra de Juan de la Piasca en 1186. Si nos detenemos en sus capiteles, vemos una serie historiados que representan la mentalidad medieval de la lucha entre el bien y el mal. Esta lucha aparece encarnada en caballeros, en personajes bíblicos como Sansón (en su lucha contra el león), la muerte del avaro o simplemente en seres mitológicos como monstruos y arpías. Termina el conjunto de capiteles con una serie decorada con motivos vegetales y geométricos. Junto a la iglesia se encuentra una torre señorial que fue de los Garcilaso de la Vega y posteriormente de D. Gonzalo de Córdoba, "el Gran Capitán".

Diseminadas por los valles, nos han quedado pequeñas joyas que merecen nuestra atención como la iglesia del monasterio de Santa María de Mave.

Albacastro cuenta con una pequeña iglesia románica de una sola nave y ábside semicircular. Tiene un curioso artesanado formado por casetones con una decoración de motivos estelares del siglo XVIII. Esta decoración, de marcado carácter popular, también la podemos encontrar en el teleclub de Rebolledo y en la iglesia de Castrecias.

En Valtierra de Albacastro, encontramos una pila bautismal románica con bajorelieves de Jesús y los doce apóstoles enmarcados en arcadas que recorren todo su perímetro.

La Piedra posee una pequeña iglesia muy modificada pero que conserva el ábside circular del siglo XII con interesante combinación de arcos y columnas.

En Boada nos encontramos con una iglesia románica del siglo XII de una sola nave y ábside semicircular. De esta pequeña joya hay que prestar atención a los dos capiteles que rematan las columnas del arco de triunfo por ser de singular interés. En uno de ellos se representan los momentos previos a la lucha en un torneo de dos caballeros perfectamente armados. En el otro, se representa la lucha desigual entre el bien y el mal, personalizados en San Miguel y el dragón.

Terminada la Edad Media, la influencia renacentista se manifiesta con toda su pureza en los retablos de Villamartín de Villadiego y de Rebolledo de la Torre. Son de mediados del siglo XVI, de magnífica hechura clásica y con delicados estofados. De parecidas características es retablo de la iglesia de Santa María, de Ordejón de Abajo.

4. HASTA EL DÍA DE HOY

En los siglos posteriores pocos cambios se aprecian en los pueblos que parece que van sobreviviendo al son que la sociedad y la economía les marca. Es precisamente a mediados del siglo XX, cuando se produce la mecanización de las labores agrarias y las condiciones de vida mejoran, cuando se produce el éxodo masivo de la población rural hacia los núcleos urbanos.

Por sus características climáticas y por ser tierra montañosa, la inclinación natural de toda la zona es hacia una economía ganadera de vacuno, ovino y caballar. Notándose una tendencia hacia una ganadería que, encerrada en grandes espacios, no requiere una mano de obra de dedicación diaria como la ganadería ovina.

Hoy en día, la ganadería es la que proporciona mayor beneficio por la calidad y cantidad de los pastos disponibles. Se trata de una ganadería extensiva, encerrada en terrenos comunales y que tendremos oportunidad de conocer por la gran cantidad de terreno vallado que encontraremos al hacer las rutas.



Las praderas son una alternativa al cereal.

La agricultura es muy pobre, orientada al cereal o a la producción de patata de siembra. Es ésta una patata muy apreciada y que ha supuesto la implantación en el valle de Valdelucio y del Tozo de un complicado sistema de riego a través de balsas que recogen el agua de arroyos y fuentes.

No hay que olvidar que en la mayoría de los pueblos la superficie no apta para la agricultura es de más de 50%. Así, en el valle de Valdelucio, de unas 10.000 hectáreas que tiene el término municipal sólo se cultivan unas tres mil. De ellas, un poco más de la mitad es para el cultivo del cereal y el resto para las patatas de siembra. Otros cultivos son el centeno, propio de tierras marginales, y alguna finca de girasol. Las tierras que tienen exceso de humedad suelen dejarse para praderas de siega que, sin mucho trabajo, dan un importante rendimiento económico.

Con estas condiciones económicas, basadas en una agricultura extensiva que se puede atender desde la capital, la zona sufre una alarmante despoblación que pone en entredicho su supervivencia. Los últimos datos nos hablan de una densidad de población que no llega a los 7 habitantes por km², cuando la ONU considera que, por debajo de 25 habitantes por km² es un desierto humano. Queda en los pueblos una mínima población envejecida que aumenta solo durante los fines de semana y en verano, que es cuando los pueblos recuperan algo de su antigua vitalidad.



Ordejón de Abajo.